

La película arranca con una serie de planos relevantes que nos conducen a suponer la temática principal, el mundo de la adolescencia y su confrontación con el de los adultos. El primer plano que aparece es el del protagonista con los ojos cerrados como una pequeña metáfora de ese temor a enfrentarse al mundo, ese no querer ver la realidad.

Ya el título, *Quince años y un día*, es verdaderamente significativo pues indica esa edad, aludiendo a esa etapa un tanto conflictiva aunque, también podría interpretarse como un tiempo de castigo, de sentencia condenatoria. A lo largo del largometraje comprobamos que los actos que infringen unas normas o unas leyes, tienen una penalización.

Asistimos al desarrollo de la trama sumergidos en el melodrama, pero el tinte cómico, usado con gran acierto en diferentes ocasiones (por ejemplo, gracias a las travesuras del joven protagonista), nos ayuda a mantenernos a flote. De hecho, es el tono cómico el que se apodera en el final de la película, dejándonos un buen sabor de boca y una sensación de esperanza.

Nos encontramos con el tema de las relaciones humanas, en concreto las familiares, como tema principal, abordando ese deseo innato de los jóvenes de querer sobrepasar ciertos límites e ir en contra de lo impuesto. A su vez, existen diferentes subtramas, fundamentalmente una criminal, que enriquecen la historia, con una intriga subyacente que nos mantiene en vilo.

Estamos pues ante una historia sencilla, contemporánea y nada pretenciosa pero no simple. La realización, la puesta en escena, el vestuario, el maquillaje... están en consonancia con esa sencillez puesto que la directora en este caso antepone la palabra a la imagen, profundizando en la psicología de los personajes, que nos resultan creíbles desde el principio hasta el final. Además, los hechos suceden a un ritmo pausado, de forma que podemos ir conociendo poco a poco a cada uno de los personajes inmersos en las circunstancias y problemas que los rodean.

Es también en el montaje donde podemos reconocer la ausencia de complejidad. La trama avanza de forma lineal con el uso en algunas ocasiones del *flashback*.

Gracia Querejeta apuesta por los primeros planos centrando la atención del espectador en los rostros de los personajes, acercándonos a su pensamiento, sus obsesiones y su intimidad. Por otra parte, hace especial uso de los planos generales para situarnos en el entorno que les rodea y para simbolizar también el aspecto salvaje de la naturaleza, paralelo a la actitud indómita del protagonista, que se resiste a seguir unas costumbres y un modo de vida sometido a unas reglas que cumplir. Así pues, los hechos transcurren en un ambiente costero, cuya luminosidad es aprovechada al máximo.

Elementos naturales como el mar, la arena o los abundantes espacios verdes nos proporcionan una sensación de calidez y confort, para contrarrestar la tensión que domina esta película.

Reconocemos un gran lirismo en la banda sonora que conforma el largometraje, aumentando la intensidad y emoción de algunas escenas. En *Quince años y un día*, los silencios son manejados de manera excepcional, consiguiendo que el espectador se mantenga expectante ante la mirada callada de los personajes. Sin embargo, también los diálogos resultan realmente interesantes, distinguiéndose algunos como la conversación de Tito con la esposa a la que abandonó.

Destaca especialmente el trabajo de los actores que exponen una actuación totalmente natural y verosímil tanto en los momentos de calma y armonía como en los momentos de gran angustia y suspense.

Sobresalen la actriz Susi Sánchez y el actor Tito Valverde, que interpretan respectivamente los papeles de Cati y Max, la abuela y el abuelo del protagonista.

La reconocida actriz Maribel Verdú actúa de forma magistral como madre del protagonista, sobresaliendo en la escena del maravilloso monólogo grabado en un largo plano secuencia.

Arón Piper, que debuta en esta película como protagonista de la historia, es la gran revelación, consiguiendo que empaticemos con él, con sus sentimientos, deseos y miedos.

En *Quince años y un día*, una película profunda y entretenida a la vez, de una forma emotiva pero sin exageración, se narra una historia con la que los espectadores podemos sentirnos fácilmente identificados, situándonos en el lado de los adultos o de los jóvenes, de los que pasivamente acatan una serie de leyes establecidas, cumpliendo con sus obligaciones o de aquellos que se revelan ante las prohibiciones y se arriesgan a incumplirlas.